

FERNANDO GONZÁLEZ-URÍZAR

FRANCISCA URIZAR

I

TU FAZ, húmeda yesca,
tu lengua vuelta musgo y orín frío,
por el otoño cruzan.
A ras de oscuras aguas
caudales como lágrimas te buscan.

Tus ojos, uvas solas
cayendo por los muros y postigos,
vetusta viola lloran.
Tal una fuente muda
en medio del jardín desvanecido.

Tu voz, ala infinita,
inmóvil y veloz por entre nubes
murmura transparente.
Sus leves plumas hacen
temblar el cipresal cuando anochece.

Tal un tañido ausente
que se hunde vagabundo en lo baldío,
relumbras y ensordeces.
¡Oreas como un vaho
de luz en las colinas del estío!

Ay, sed de limpias llamas
azules como el brillo de tu aguja
en el ojal del sueño,
¡apártame esta lluvia
que estila ciegamente hacia la nada!

¡Tan aterido soplo
la yerta pesadumbre entre tus ramas,
capullo que sahumas,
delicia que no sacias,
umbral desfallecido en que te vacias!

II

MADRE, ya la lluvia no cae,
deja que abra tu puerta: la tierra está florida,
¡sal de la huesa y ven conmigo!
Hoy tengo ganas de recorrer el aire
y tantas calles solas que nunca conocimos.
¡Francisca, mi pequeña Francisca,
Francisca Urizar,
nieve y candor de pluma debes ser ahora!
¡Urizar!: agua y piedra, agua vieja,
agua pura,
¿cómo amarte sin venas, sin ojos, sin palabras?

Yo la primera muerte la viví de niño,
en Bulnes, ¡largos años!
Se fue mi padre envuelto en luz umbría
por un trece de marzo.
Entre sus palmas, yerta peonía,
la cruz esparce un lento fuego blando.

En tu ataúd, sayal de escarcha diurna,
¡tan hondamente grácil!
Inmóvil, sideral, el rostro puro

labrado como un vaso,
ciegos los ojos y los labios mudos,
sobre la almohada, cera y albayalde.

¡Ay, madre, todo el tiempo
en una bocanada de perfume!

¿Hay iglesias de piedra donde moras?
¿Mantienes de café la indumentaria?
¿Por quién reza tu lengua de sal terca
salves, jaculatorias y trisagios?
¿Guarda mi padre sus anillos de humo?
¿Hace allá filatelia o numismática?
¿Discute con un párroco ladino?
¿Se te añublan los ojos al mirarlo?

¿Se recuerda de mí?
¿Pregunta por nosotros?
¿Escribe aún?
¿Juega a las cartas con un ángel sombrío?

¿Por qué callas?

Tengo tu nombre tenso sobre mi corazón:
sobre él baten, golpean, redoblan tantas horas,
y estoy tan mustio en el pasado que agoniza
junto a la pared del ayer,
derribado sobre el hoy inclemente.

¡Resplandores me cercan, madre, me agobian!
¡Vente conmigo, ventel!
rasga el lienzo, alza el vidrio,
apaga este jardín en llamas.
¡Haz que mane la fuente, que vuele la boca,
que arome la sangre su altar de huesos!
¡Ah, tú, solar cegado,
ven en mi siga por las calles de la lluvia!

III

SOPLA las copas de los altos árboles
el viento silencioso.
¡Otoño, lento otoño!
Canta la sombra en las acequias.

¿Dónde repastas, lirio, dónde llueves,
en qué tinieblas, en qué nubes
vagas?
¡Deja que te alce hasta mis sienes duras,
que sople mi quejumbre púas,
flautas,
solo en lo solo, como un iris turbio,
ciego pastor
sin su majada!

¡Vente conmigo, verde sauce,
álabe tierno,
aljófar,
dulce pájaro
ya solo y sin memoria en el vacío!

¿No quieres ir conmigo?
¡Adiós, mamá!
¡Mamá!
Nunca te nombré así,
y es hermoso
como pelar naranjas con los dientes.